

HOJAS PIRENAICAS

BÉNÉDICTE DE BURON-BRUN
DOLORES THION SORIANO-MOLLÁ (EDS.)

ÉDITIONS ORBIS TERTIUS

© Éditions Orbis Tertius, 2021
© Les auteurs, 2021

Tous droits réservés.

Éditions Orbis Tertius, 28, rue du Val de Saône F-21270 BINGES

e-ISBN : 978-2-36783-181-7

Édition originale, ISBN : 978-2-36783-179-4

www.editionsorbistertius.com

HOJAS PIRENAICAS

Edición de
Bénédicte de Buron-Brun
y
Dolores Thion Soriano-Mollá

ÉDITIONS ORBIS TERTIUS

*Ouvrage publié avec le soutien de l'ITEM - EA 3002
(Identités, Territoires, Expressions, Mobilité)
de l'Université de Pau et des Pays
de l'Adour et
de la Communauté d'Agglomération
Pau Béarn Pyrénées
(Projet de recherches Patrimoines d'encre transpyrénéens)*



ÍNDICE

Introducción 7

I. PRENSA Y COLECCIONES PERIÓDICAS: DOCUMENTOS RECUPERADOS

Raquel GUTIÉRREZ SEBASTIÁN

Demetrio Duque y Merino: un periodista pobre, talentoso y
amargado en un villorio aburrido 13

Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

Otro Menéndez Pelayo..... 27

Christian MANSO

Volver a Monóvar, a ver árboles verdes 43

José María FERRI COLL

Algunas notas sobre *El cuento semanal* (1907-1912)
y la categoría de literatura popular..... 59

Denis VIGNERON

Paul Lafond, conservador y transmisor de arte español..... 77

Dolores THION SORIANO-MOLLÁ

La revista *Germinal*, de la crítica al cuento..... 95

Laura PALOMO ALEPUZ

La mujer y la defensa de la paz en los artículos publicados por Isabel
Oyarzábal en *El Sol* sobre la Primera Guerra Mundial 117

Leonardo ROMERO TOBAR

La cultura francesa en las revistas de Burgos entre 1923 y 1935..... 141

J. Ignacio Díez

Literatura con supuesto sabor a reportaje: *Historias de amor y viagra*, de
Francisco Umbral..... 153

Juan Carlos GÓMEZ ALONSO

Gilbert Durand y Roger Grenier: Presencia en la revista *El Bosque*..... 175

2. RELACIONES TRANSFRONTERIZAS Y TRANSNACIONALES

- Enrique RUBIO CREMADES
Impresiones de viaje: Los Pirineos en la prensa romántica española 197
- María de los Ángeles AYALA
El patrimonio transpirenaico en el *Semanario Pintoresco Español*..... 219
- Jessica CÁLIZ MONTES
Las relaciones transpirenaicas en *La petite Gironde* durante
la Primera Guerra Carlista y la Primera República..... 237
- José Miguel GONZÁLEZ SORIANO
Luis Bello y *El tributo a París*: Un mosaico socio-literario
por un corresponsal español en Francia 255
- Nuria de ORDUÑA FERNÁNDEZ
La proyección de Francia en el imaginario del exilio republicano..... 275
- Rosa María NAVARRO ROMERO
Entender desde el exilio. Max Aub y su explicación de Francia..... 295
- Esther de ORDUÑA FERNÁNDEZ
Jorge Semprún, la escritura del horror..... 319
- Blanca RIPOLL SINTES
La imagen de Francia en la colaboración de Josep Pla en *Destino*..... 341
- Emilio BLANCO
El tamaño importa: una nota sobre Camilo José Cela y la censura
(Viaje al Pirineo de Lérida)..... 357
- Bénédicte de BURON-BRUN
Francia: paisaje y paisanaje en la obra periodística de Francisco Umbral
(Años 1970-1980)..... 383
- José Ignacio LORENTE
Mito-poéticas de los orígenes. Cine e imaginario vasco..... 407

LUIS BELLO Y *EL TRIBUTO A PARÍS*: UN MOSAICO SOCIO-
LITERARIO POR UN CORRESPONSAL ESPAÑOL EN FRANCIA

José Miguel GONZÁLEZ SORIANO
Universidad Complutense de Madrid

Dentro de la denominada Edad de Plata de la cultura española, una época realmente dorada para el periodismo en España que vivió, durante aquel primer tercio del siglo XX, un amplio proceso de transformación y desarrollo del que salió consolidado, la figura de Luis Bello (1872-1935)¹ resulta sin duda representativa del patrimonio periodístico transpirenaico como integrante de una vasta serie de grandes cronistas que, en algún momento de sus carreras, rindieron «tributo» vital e intelectual a Francia ejerciendo como corresponsales de prensa en París: Luis Bonafoux, Ciges Aparicio, Julio Camba, Eduardo Marquina, «Corpus Barga», Javier Bueno o Ramón Gómez de la Serna, por citar solo unos cuantos nombres señeros, dieron testimonio en sus crónicas de lo que significó el país vecino en literatura, en arte y en libertades sociales y políticas para los españoles más avanzados; y muy especialmente su capital, la ciudad «ideal», símbolo por antonomasia de la modernidad y el cosmopolitismo.

De este modo, al comienzo de su libro *El tributo a París*, editado en 1907, Bello se confesaba «educado, no ya en el culto, sino en la superstición de París [...] como un enfermizo desvarío que hemos heredado de la generación anterior²». Desde los tiempos de la emigración de los románticos españoles que, profesando ideas liberales, huyeron de la persecución absolutista de Fernando VII, encontrando refugio en París; y aún antes, con la labor política de los ilustrados y la implantación del neoclasicismo en España en el siglo XVIII, el prestigio cultural de Francia era inmenso y constituía un referente artístico e ideológico de primer orden. A lo largo del convulso periodo decimonónico, y todavía en la Restauración, disminuido ya el alcance de los hechos revolucionarios y sus repercusiones posteriores, quedaba la influencia de la literatura francesa, que en España y en todo el ámbito hispánico era notoria y privilegiada. Junto a la huella de los grandes románticos y la presencia aún vigente de los maestros

-
1. Sobre Luis Bello, su vida y su obra, véase José Miguel González Soriano, *Luis Bello, cronista de la Edad de Plata (1872-1935)*. Salamanca: Diputación, 2017.
 2. Luis Bello, *El tributo a París*. Madrid: Pérez Villavicencio, 1907, p. 19.

del realismo y el naturalismo, dos corrientes poéticas de la segunda mitad del XIX marcaban aún las nuevas pautas literarias: el parnasianismo y el simbolismo, con autores de la talla de Banville, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé...

Nombres franceses han informado toda la cultura española durante muchos años. La generación anterior ha aprendido el positivismo en Comte; ha vulgarizado su romanticismo progresista con Michelet y con Laurent; ha visto en Proudhon las primeras resquebrajaduras de la organización económica; se ha enterado por Renán de que puede haber un escepticismo piadoso y científico y por Guyau, de que puede crearse una religión social. Cuando su francés se lo permitía aprendió a recitar versos de Musset, de Hugo, de Lamartine y de Leconte de Lisle, y más tarde versos de Baudelaire, de Verlaine y de Mallarmé. Adoró a Balzac, leyó lentamente a Flaubert, se dejó seducir por el gran Theo y oyó todos sus secretos a los Goncourt; colocó aparte para la admiración a Mérimée y fue ruidosamente en pos de las aventuras de Alejandro Dumas. Todavía nosotros hemos podido apasionarnos por o contra Zola y entregarnos de corazón a la fantasía de Daudet y descubrir en una hora inolvidable la selva oscura de los cuentos de Maupassant³.

Luis Bello, que había iniciado su carrera periodística en el emblemático año de 1898 en el *Heraldo de Madrid*, en marzo de 1904 abandonaría Madrid para –según su propia expresión– «rendir tributo» a París, ansiado lugar de destino de escritores, pintores y escultores de todo el mundo; y vivir allí –con algún periodo de paréntesis– durante los dos años siguientes. Se encontraba entonces formando parte de la redacción del recién fundado diario *España*, dirigido por Manuel Troyano y en donde tuvo de compañeros a escritores tan ilustres como Ramiro de Maeztu, «Parmeno» o José Martínez Ruiz, quien fue en este periódico donde asentaría su seudónimo de «Azorín» y que tuvo siempre a Troyano por su mejor maestro literario y periodístico⁴. Un grave suceso internacional sería el detonante de la decisión de su director de desplazar a Bello como

3. Luis Bello, *op. cit.*, pp. 21-22.

4. Véase al respecto su artículo «El maestro», *ABC*, 24-06-1906. En línea: <<https://www.abc.es/archivo/periodicos/>> [consultado el 7-7-2020].

redactor corresponsal en la ciudad del Sena: el estallido de la guerra ruso-japonesa, cuya trascendencia afectaría a la prensa española obligándola a atender los asuntos internacionales frente a los problemas interiores y coloniales; una apertura al exterior, tímida aún, que se intensificaría extraordinariamente —no podía ser de otro modo— al comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Por aquella época, grandes agencias extranjeras como Havas o Reuters monopolizaban el mercado informativo internacional; concretamente, dentro del reparto de zonas que establecían dichas agencias a través de acuerdos periódicamente renovados, España —junto a los países de Latinoamérica— correspondía a la francesa Havas, con la cual la agencia española más importante, Fabra, estaba vinculada desde 1870, poco después de su fundación. El monopolio informativo de Havas a través de Fabra «conducía a una uniformidad en la información extranjera, que algunos percibían como un empobrecimiento⁵». De Havas se nutriría *España*, en un principio, para cubrir el transcurso del conflicto ruso-japonés; pero la gravedad cada vez mayor de los acontecimientos determinaría la decisión del periódico de mandar a Luis Bello —uno de sus mejores redactores— como corresponsal a París y poder así recibir, de primera mano, una mayor y mejor información internacional en una época, además, en la que empezaban a generalizarse instrumentos de comunicación tan eficaces como el telégrafo y el teléfono, por lo que la corresponsalía en la capital francesa —especie de central de noticias de toda Europa— adquiriría creciente importancia, y todos los grandes diarios españoles cuidarían mucho desde entonces su representación en aquel lugar.

Rubén Darío, en una breve autobiografía redactada pocos años antes de morir, confesaba: «Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. [...] Y cuando en la estación de Saint Lazare, pisé tierra parisiense, creí hallar suelo sagrado⁶». Luis Bello, «por necesidad acaso más que por gusto», según apuntaba un escritor

5. María Dolores Saiz y María Cruz Seoane, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid: Alianza, 1998, pp. 42-43.

6. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona: Ediciones GP, 1959, pp. 67-68.

español con quien coincidiría en París, Eduardo Zamacois⁷, emigraba a la *cit  lumiere* ya en una edad madura, pasados los treinta años, en una primavera —la de 1904— que, según Luis Bonafoux, uno de los más afamados corresponsales de nuestro país en la capital francesa:

ha empezado a dar señales de vida con una invasión de periodistas españoles [...] Los hay que han venido en busca de campo “para escribir con libertad”. Los hay también que han venido con la esperanza de mejorar de pan. Y todos vienen contando, para empezar, con Garnier, el cual hace tiempo que acab .

Del mismo modo, Bonafoux anotaba la presencia, entre los nuevos «fugitivos» españoles en París, de un buen número de corresponsales de prensa...

Algunos vienen, o creen que vienen, de corresponsales, más o menos fantásticos.

—Soy corresponsal de (aquí el nombre del periódico), con 100 pesetas de sueldo. Además, me han dado cinco duros para telegrafiar lo que ocurra en el mes.

— Y la familia?

—All  está. Se las arreglar  como pueda. Lo malo es que mi mujer está de ocho meses. En fin, corro a ver a *Monsieur Garnier*.

— Pero si Garnier no es comadr n!

—Ya lo s . Lo digo por si tiene algún librejo para traducir.

Para traducirlo sin escrúpulos, como uno que traduje yo, recién llegado a Par s⁸.

-
7. Eduardo Zamacois, «La farándula pasa... Recuerdos pintorescos», *Ahora*, 13-11-1935.
8. «París al día. Periodistas fugitivos», *Heraldo de Madrid*, 16-04-1904; incluido en Luis Bonafoux, *Los españoles en París*. [Pr l.] Alfredo Valenzuela. Sevilla: Renacimiento, 2015, pp. 157-158. Una vez instalados en la capital francesa, muchos españoles vivían como traductores para alguna editorial o como colaboradores en algún diccionario de español, editados con vistas a los mercados transoceánicos. Destacaba especialmente en este campo la casa Garnier, cuyo *Diccionario Enciclopédico*, dirigido por El s Zerolo, llegó a contar para su elaboración con un extenso elenco de escritores españoles: desde Alejandro Sawa, el gran bohemio, a Ricardo Fuente, Eduardo Zamacois o los hermanos Machado, entre otros.

Lo cierto es que, a comienzos del siglo XX, el cosmopolitismo, la necesidad de evasión y de oportunidades, el afán de renombre, seguían atrayendo hasta París a muchos españoles movidos por una inquietud intelectual no satisfecha; y, en el caso de los periodistas y literatos, con la esperanza de encontrar un trabajo estable para vivir. No siempre resultaba sencillo, sin embargo, para un emigrado establecerse allí; aun en tiempos de la *belle époque* parisién, con sus cafés, sus salones elegantes, sus dandis y sus *cocottes*, la bohemia y la miseria estaban presentes, y en grandes proporciones, tanto en la capital francesa como en el resto de las principales ciudades de la Europa industrializada. El mencionado Bonafoux señalaba entre admirado y asustado cómo la antigua Lutecia se iba convirtiendo en «una especie de sucursal de la Puerta del Sol», pues

lo que no tiene explicación es el nublado de emigrantes que, a modo de langostas, viene cayendo sobre París, como si París, en donde escasea el trabajo y se da de mala gana al extranjero en esta aguda crisis de “Francia para los franceses”, fuese una nueva tierra de promisión [...] No sé si es cierto que hay 35.000 españoles en París. Sí sé que hay muchos; quizá demasiados... Sean tantos o cuantos, ¿de qué viven?»

Todo un nutrido y variopinto elenco, por tanto, que igualmente integraba la intensa actividad artística, cultural y social que en la ciudad del Sena tenía lugar y de la que Luis Bello habría de dar noticia como corresponsal a los lectores de *España*. Así, nada más llegar a París informaba del fallecimiento de uno de los españoles emigrados más ilustres, la exsoberana Isabel II, ocurrido el 9 de abril de 1904 en su morada del palacio de Castilla. Ya a mediados de mes, asistiría al famoso *Vernissage* o Salón de Bellas Artes que cada año se convocaba en la capital de Francia; y que en aquella ocasión tuvo como estrella a Rodin y su pieza escultórica *Le Penseur*, «obra de un genio que basta para calificar y honrar a toda una época», según Bello¹⁰, quien

9. Luis Bonafoux, *op. cit.*, pp. 138-142.

10. Luis Bello, «Desde París. El primer *Vernissage*», *España*, 20-04-1904. Bonafoux, en cambio, puntualizaba en su crónica que «no es obra aclamada unánimemente, sino, bien al contrario, muy discutida por los críticos. Hay quien ve algo superhumano en ese pensador; hay quien no ve más que un hombre cualquiera, que no se sabe si expresa la cavilación o un dolor de tripas». En «París al día. Del eterno Salón», *Heraldo de Madrid*, 26-04-1904.

destacará asimismo, en una de sus crónicas, el buen papel desempeñado en la exposición por los artistas españoles: Anglada-Camarasa y –sobre todo– Santiago Rusiñol, con sus paisajes mallorquines de gusto decorativo, semejantes a los de su compañero Joaquim Mir y tan familiares para Luis Bello, pues parte de su familia era mallorquina. Maestro de reconocido prestigio en Francia era también el dibujante madrileño Urrabieta Vierge, quien fallecería el 12 de mayo de aquella primavera en los alrededores de París, visitando Bello tres o cuatro días después la finca y el estudio donde trabajaba para hacer un reportaje¹¹.

Estando en París como corresponsal del diario *España*, Bello se encaminará, en mayo de 1904, a la Universidad de la Sorbona para presenciar una conferencia sobre *Don Quijote*, lo que le permitirá conocer por dentro aquella famosa institución académica y establecer algún paralelismo revelador. Bello señala cómo las aulas de la Sorbona eran alegres y espaciosas, con asientos cómodos y grandes ventanales; y que en su interior, además de las estudiantes femeninas –ninguna había por entonces en las universidades españolas– destacaba la presencia de un número considerable de alumnos mayores de edad: «Más que el público femenino me sorprende esta concurrencia de estudiantes de por vida que no cierran, al adquirir su título, el círculo de ideas y nociones, sino que buscan siempre horizontes nuevos, aunque no tengan fuerzas para conquistarlos¹²».

Por supuesto, a lo largo de su estancia parisina, nuestro autor acudirá también con frecuencia a los estrenos teatrales, como elemento primordial que constituían de la programación literaria y de ocio en París. Su primera obra presenciada allí, de la que enviaría crónica para *España*, será –curiosamente, otra vez presente el personaje cervantino– *Don Quichotte*, de Jacques Le Lorrain, representada en el pequeño teatro de Víctor Hugo, cuyo autor hizo en su montaje una versión libre y politizada del héroe cervantino, lo que provocaría comentarios irónicos en Bello, aunque dentro de un tono general de condescendencia hacia el autor, el cual fallecería apenas un mes después:

11. Luis Bello, «Desde París. El estudio de Urrabieta Vierge», *España*, 18-05-1904.

12. Luis Bello, «Desde París. Una conferencia en la Sorbona», *España*, 14-05-1904.

Figuraos, lectores españoles, a Don Quijote predicando, con palabra romántica y suspiros en la voz, la igualdad de clases y la próxima aparición de una humanidad nueva. El caballero del ideal recorre el mundo sobre Rocinante para propagar el anarquismo colectivista con todo el fervor lírico que ha sabido dar a sus versos un poeta joven, enamorado, sin duda, de la gloria de Rostand [...] Pero, ¿qué importa? Un concepto del arte más amplio y más generoso debe mirar con simpatía aun estos tributos de la irreflexión y de la audacia¹³.

Al poco tiempo tendría lugar el estreno, en el teatro de la Porte Saint-Martin, nada menos que de *Electra*, el emblemático drama de Pérez Galdós, cuya representación en Francia tampoco quedaría exenta de polémica y controversia. Bello lamentaría el pésimo trabajo que, según él, había realizado el traductor de la obra, desvirtuándola; si bien no es menos cierto que, teatralmente, no es la mejor obra de Galdós:

Yo he visto el estreno de *Electra* en la Porte Saint-Martin, y aparte de la incomprensión del traductor, pude apreciar la incomprensión absoluta de la crítica y del público. —Galdós debió venir a París con *Realidad* o con *El abuelo* —decía a mi lado un buen español. Pero yo me alegraba de que la víctima fuese *Electra*. Con *Realidad* o con *El abuelo* el sacrificio me hubiera causado más dolor¹⁴.

Ya en el otoño volverá a asistir a los estrenos teatrales parisinos, algunos de dudosa calidad como *La desertora*, de Brioux y Jean Sigaux («El resorte del sentimentalismo no abre las puertas de la gloria, pero sí las de la contaduría [...] Yo he sospechado siempre del dramaturgo sociológico. Y si además es médico-social, ya no sospecho: ya le creo capaz de todo¹⁵») o, también, a la representación en el Teatro Antoine de *El rey Lear*, de William Shakespeare, de quien afirmaba seguir «siendo un extranjero» en París dada la dificultad de los actores locales para encontrar el tono adecuado a las pasiones de sus personajes,

13. Luis Bello, «Desde París. Don Quijote en Trianon», *España*, 8-04-1904.

14. Luis Bello, «Crónica del teatro. Donnay en el Español», *Faro*, 12-04-1908.

15. Luis Bello, «Desde París. Los rusos ante la guerra.— *La desertora*, de Brioux», *España*, 19-10-1904.

debido probablemente a que, a su juicio, el genio de Shakespeare no encaja bien con el espíritu francés¹⁶.

Pero dentro del amplio mosaico socio-literario servido por Luis Bello a los lectores de *España*, no podían faltar asimismo referencias a la actualidad política francesa, tanto interior como exterior, así como de la crónica de sociedad y de sucesos, siendo el asunto que acapararía mayor atención entre la opinión pública francesa, en los meses finales de 1904, el protagonizado por el diputado nacionalista Gabriel Syveton, quien primeramente sería noticia por abofetear, en plena sesión parlamentaria, al ministro de la Guerra, el general André, acusado de establecer un servicio secreto de espionaje en el Ejército; y un mes después, el 8 de diciembre, saltaba a la luz su trágica e inesperada muerte por inhalación de gas. Sus correligionarios nacionalistas hicieron circular la especie de que su muerte no había sido accidental, pero las investigaciones llevadas al efecto apuntarían a un suicidio pasional, atormentado Syveton por la exaltación amorosa que sentía por su hijastra. El suceso trágico, y su utilización política, llevarían a Bello a asegurar: «No me engañarán ya más los prejuicios geográficos [...] El hombre es igual a sí mismo. Y si este apotegma parece pedantesco y audaz, rebájesele el tono y dígame: el político es igual al político¹⁷». También en el diario *España*, Ramiro de Maeztu censuraría, con su habitual tono cáustico a la hora de escribir, el exceso de atención que a tal *affaire* dedicaba la prensa francesa y, a su rebufo, la española:

¿Cómo murió Syveton? ¿Por suicidio, por accidente, por asesinato? Hace quince días que nuestros cándidos periódicos consagran una columna cotidiana a dilucidar tan espinoso asunto. Y no es lo peor el espacio que se pierde para otros temas que de verdad nos interesan. Lo malo es que el *affaire* Syveton lo pagamos en telegramas de París a 10 céntimos de

16. «La resistencia al genio de Shakespeare es ya una tradición [...] Estos actores, maestros del matiz, de la expresión delicada, de los silencios, no saben sollozar ni delirar con el rey Lear. Y como ellos no saben, el público no ve más que el esplendor y la belleza de las decoraciones, y un nombre glorioso, el de Shakespeare, tan lejano de su corazón como Eurípides y como Esquilo». Luis Bello, «Desde París. William Shakespeare», *España*, 10-12-1904; incluido en *El tributo a París*, *op. cit.*, pp. 188-192.

17. Luis Bello, «Desde París. Sesiones paralelas. – M. Syveton, el abofeteador. – El fondo del debate», *España*, 8-11-1904.

franco la palabra [...] ¿Acabaremos algún día? No; no acabaremos nunca. Mientras haya corresponsales que telegrafíen semejantes historias, no acabaremos nunca. El verdadero móvil de los *affaires* es hacer el anuncio de París, y mientras los extranjeros caigamos en el anzuelo como incautos, los periódicos parisienses nos seguirán tomando el pelo¹⁸.

Pero lo que más ocuparía, sin duda, la atención de Luis Bello durante su primer año de estancia en París, su actividad principal como redactor, sería la de informar puntualmente del desarrollo de la guerra entre Rusia y Japón: prácticamente todos los días, desde su llegada a la ciudad del Sena, Bello haría uso del *petit bleu*, del papel azul del telegrama, para enviar a la redacción del periódico las sucesivas noticias que, sobre el conflicto en Port-Arthur y en la Manchuria, publicaban las cabeceras francesas y las que transmitían Havas y la agencia rusa de San Petersburgo. Dentro de una de sus crónicas, Luis Bello se sinceraba respecto a sus propias preferencias hacia los rusos, por debilidad «hacia el alma rusa, flotante, vaga e indecisa; heroica en el viejo Tarass Boulba; contradictoria y descarriada en los hijos de Tolstoi, Dostoievski y Turgueneff¹⁹». La victoria definitiva de Japón se verificaría tras el Tratado de Portsmouth, que ponía fin a la contienda en enero de 1905, creando entre la población rusa nuevos descontentos que conllevarían una oleada de huelgas y manifestaciones en lo que se denominará el «primer ensayo» revolucionario.

Aún le quedaría tiempo a Luis Bello durante su etapa parisina a comenzar la publicación –inacabada– de un folletín titulado *Farandul en París. Sus aventuras y sus errores*, «páginas autobiográficas escritas por el propio Farandul; corregidas y publicadas por Luis Bello», quien tomaba el nombre de su *alter ego* de la obra del francés Albert Robida (1848-1926), un artista plástico y novelista de aventuras precursor de Julio Verne como creador de narrativa de ciencia ficción, cuya obra traducida tuvo un gran éxito en nuestro país y hoy en cambio es un autor absolutamente olvidado²⁰. La obra daba comienzo con

18. Ramiro de Maeztu, «El peligro parisiense», *España*, 29-12-1904.

19. Luis Bello, «Desde París. Una conferencia en la Sorbona», *art. cit.*

20. Sus *Voyages très extraordinaires de Saturnin Farandoul* habían sido publicados en España, traducidos al castellano por A. Castiñeira, en 1884 en la editorial de Ricardo Fe; también aparecieron como folletín, desde el 16 de abril de 1911, en el diario *España Nueva*, con prólogo a cargo de Rodrigo Soriano.

una carta-prólogo dirigida al director del diario, Manuel Troyano, llena de referencias auténticas sobre la vida de Bello, atribuidas a este castizo aventurero, especie de antihéroe contemporáneo que

fue un español que vivió en interinidad: le hicieron abogado, como a todos los españoles; vivió en el aire, como todos los españoles; forjó grandes proyectos, como todos los españoles; no realizó ninguno, como todos los españoles. De él puede decirse “malogrado Farandul”, como de todos los españoles. Salió desencantado de su patria, desconfió de sí mismo, fundó un sistema filosófico para él solo²¹....

El estilo sobrio, flexible y zumbón que animaba el relato seduciría a Eduardo Zamacois, a quien Bello leyó una tarde el primer capítulo de su novela. «Al igual que el protagonista de su obra, Luis Bello era, indistintamente, crédulo y escéptico, acogedor y mordaz. Nosotros, los que creíamos conocerle y sabíamos de la novela que estaba escribiendo, le llamábamos “Farandul”²²».

Pero Bello era corresponsal en Francia, no únicamente de París; y así, de hecho, llevará a cabo a finales del verano un viaje de norte a sur por Francia siguiendo la ruta París-Burdeos-Biarritz, que pormenorizará en una serie de crónicas para el diario incluidas después en su libro *El tributo a París*, con una dedicatoria «a D. Manuel Troyano y a la buena memoria de *España*». Dicho desplazamiento lo llevará a cabo, en sucesivas jornadas, a través de un automóvil conducido por William Turner Dannat (1853-1929), un pintor norteamericano de prestigio quien, sin embargo, había prácticamente abandonado la pintura, volcado en su pasión por los coches y por las entonces incipientes competiciones de carreras: «Ya nadie mira los cuadros de nadie, y, comprendiendo la razón, cuando quiero exhibir algo,

Recientemente, algunas editoriales han tomado la iniciativa de rescatar algunos de los relatos de Robida: *La guerra del siglo XX (La guerre au vingtième siècle)*. [Trad.] El Nictálope. Colmenar Viejo, Madrid: La Biblioteca del Laberinto, 2009; *En lo alto de la torre (En haut du beffroi)*. [Trad.] Julián Gea. Madrid: Ardicia, 2015.

21. Luis Bello, «Farandul en París. Sus aventuras y sus errores (1)», *España*, 13-08-1904.
22. Eduardo Zamacois, «La farándula pasa... Recuerdos pintorescos», *art. cit.*

exhibo mi automóvil²³», aseguraba con fino humor. Si bien, antes de comenzar el viaje, Bello se mostraba algo temeroso ante la posibilidad de sufrir un accidente, después confesará que el único incidente ocurrido a lo largo del mismo fue cruzarse una vez con una parada de gansos; y a diferencia de algunos intelectuales que, según él, denigraban el auto por parecerles inconveniente forzar velocidades y desplazarse tan rápidamente por paisajes y lugares, respaldará este tipo de locomoción porque, a su juicio, su velocidad permitía al hombre una inmediata aproximación a distintos espacios y realidades poniéndolas a su alcance, lo que sin duda constituía un progreso. Se trataba de un debate candente dentro de la sociedad española y, por ejemplo, dos años después que Bello, dos periodistas españoles, Javier Bueno y Carlos Crouselles, llevarían a cabo una ruta muy similar partiendo desde Madrid a París pero viajando montados en burro, como signo de protesta frente a la modernidad –o al menos ese era el pretexto– de una fiebre automovilística que comenzaba ya a ocasionar graves inconvenientes en forma de numerosos accidentes y de contaminación ambiental. El dietario de tan pintoresco viaje se publicaría por entregas dentro del diario *España Nueva* alcanzando uno de los mayores éxitos del periodismo español²⁴.

Bello y Dannat, desde París, pasaron en primer lugar por Chartres, atravesando seguidamente el «jardín de Francia», la Turena –Cloyes, Tours– hasta que, una vez pasado Poitiers, el auto de *Mr. Dannat* se detiene cerca del pueblo de Contré-Berac para contemplar, a la derecha de la carretera, un obelisco de piedra blanca «a la memoria de Marcel Renault, muerto accidentalmente el 26 de marzo de 1903, en la carrera París-Madrid», la denominada «carrera de la muerte», en la que, además del célebre constructor francés, fallecieron otros dos pilotos y varios espectadores. La ruta continuaría por diferentes pueblos –Chaunay, Ruffec, Angulema– hasta llegar a Burdeos; y desde allí, tras dejar atrás «la inmensa vega del Garona», cuya anchura y fertilidad denotaba la prosperidad de Francia con respecto a España,

23. Luis Bello, «París-Burdeos-Biarritz. *Mister Dannat*», *España*, 3-09-1904; incluido en *El tributo a París, op cit.*, pp. 37-38.

24. Recientemente ha sido publicado en libro, por primera vez, en la editorial Renacimiento: Javier Bueno y Carlos Crouselles, *A París en burro (el récord del mundo)*. [Ed.] José Miguel González Soriano, Sevilla: Renacimiento, 2019.

recorrer las Landas para llegar a Mont-de-Marsan, población del sur de carácter más español que francés:

Hay en Mont-de-Marsan, a orillas del Midouze, una presa molinera, unas casas altas, estrechas, de muros fuertes y de ventanas chicas. [...] el río, las casas, los molinos, el sol que se desploma desde el cielo de añil, dan idea de que estamos, no en una villa francesa, sino en una clásica ciudad española. Hay también una fonda en Mont-de-Marsan con las maderas entornadas, los espejos cubiertos de gasas, las arañas guardadas bajo mosquiteros de color de rosa; una fuente en medio de un patio embaldosado de ladrillos rojos; unas muchachas planchando montones de manteles y servilletas blancas, y cantando, al mismo tiempo, no sé qué alegre canción, cuya letra se escapa a mis oídos... ¿En qué fonda levantina o andaluza hemos visto ese patio y esa fuente, y hemos escuchado esa voz cantando esa canción? [...]

Hay, por último, en Mont-de-Marsan una Plaza de Toros. Es pequeña, coquetona. [...] Aun suponiendo que no tuviéramos la menor noticia de ella, al encontrarla aquí, bajo este sol y este cielo, en esta ciudad dormida, transitada por carreteras que chirrían y por militares que van al café, no experimentaríamos la menor sorpresa. Las contribuciones las cobra el Estado francés; pero como los vecinos de Mont-de-Marsan tienen que demostrar de algún modo su afinidad con el Mediodía a través de la frontera, pagan este tributo internacional al *Bombita* y al *Machaquito*²⁵.

El recorrido finalizará en Biarritz, ya en la frontera con el País Vasco, donde Bello hallará la presencia del pintor español Ignacio Zuloaga, «recio de hombros, sólido, bien plantado sobre sus pies [...] los ojos escrutadores, la nariz audaz», amigo y compañero de Dannat:

—¿Viene usted de París en automóvil? ¿Y no los han apedreado en el camino? ¿No han sacado para ustedes ni un mal cuchillo de dos palmos? ¡El pueblo francés está degenerado! Dígale a *mister* Dannat, a mi primer protector en París, que si quiere

25. Luis Bello, «París-Burdeos-Biarritz. Por las Landas.- Mont de Marsan.- En Biarritz», *España*, 10-9-1904; incluido en *El tributo a París, op. cit.*, pp. 53-54.

ver caracteres enteros y quiere conocer un país donde el arte está vivo todavía, que vaya en automóvil a La Rioja²⁶.

Muy vinculado también con esta zona del sur de Francia y relacionado con los viajes y la mejora de las comunicaciones, era el asunto de la construcción del ferrocarril transpirenaico y de la línea –postergada– de Canfranc, sobre el cual Bello tendría la fortuna de dar la primicia para *España* al telegrafiar el 25 de julio, desde París, cómo «la Comisión franco-española, que estudia la cuestión de los ferrocarriles entre ambas naciones, ha acordado proponer desde luego la construcción del ferrocarril Toulouse-Aix-Ripoll-Puigcerdá. Este proyecto, estudiado por los ingenieros franceses, será el primero; después irá el de Canfranc. Las negociaciones terminarán dentro de ocho días». Dicho telegrama fue publicado el día 26; y gracias a esta noticia, la comisión gestora del ferrocarril de Canfranc «tomó sus medidas para evitar una sorpresa», como explicaba el propio diario, a la vez que revelaba algunos de los entresijos del periodismo:

Poco después, el 31 de julio, del mismo redactor nuestro, D. Luis Bello, publicábamos una carta, mediante la cual se descorría el velo, que envolvía el asunto, y se denunciaba el interés grandísimo, que el ministro de Estado francés [Delcassé] tiene en que el ferrocarril transpirenaico pase por el distrito, que le elige diputado y que hasta ahora, en esto de las obras públicas, ha sido poco atendido. [...] *Le Temps* ha tenido la ocurrencia, afortunada para España, de celebrar una interviú con el presidente de la Comisión [...] Y la llamamos “afortunada ocurrencia”, porque ha servido a algunos periódicos para darse por enterados y entrar en línea en defensa del Canfranc, cual si nadie se hubiera ocupado hasta ahora en ello²⁷.

26. *Ibid.*, p. 55.

27. «Para hacer más», *España*, 7-08-1904. El escrito de Luis Bello al que hace referencia el editorial decía textualmente que «M. Delcassé, además de ser ministro, es diputado por el Ariège. Precisamente por ese distrito pasa la línea del proyecto aprobado por la Comisión franco-española [...] M. Delcassé no ha de ver con disgusto la prosperidad de su distrito, y sin animosidad alguna contra el proyecto del Canfranc o del Noguera-Pallares, es natural que atienda con simpatía las pretensiones del Ariège». En «Desde París. Los ferrocarriles transpirenaicos. Lo que se sabe y lo que no se sabe. – El tratado franco-español.– M. Delcassé y Rodríguez San Pedro», *España*, 31-07-1904.

Aunque, en ese momento, un convenio internacional firmado el 18 de agosto declaraba de igual importancia las tres líneas transpirenaicas –la de Canfranc, la del Noguera-Pallaresa y la de Toulouse-Ripoll-Puigcerdá–, correspondiendo a los respectivos gobiernos fijar la prelación, la primera de ellas no se inauguraría hasta mucho tiempo después, exactamente el 18 de julio de 1928.

Relevado Manuel Troyano de la dirección de *España* a comienzos de 1905 por el maurista Salvador Canals, comenzaría a producirse la dimisión en cadena de sus miembros principales, renunciando Luis Bello por carta a su puesto como corresponsal. Desaparecido al poco este periódico, nuestro autor emprendería el regreso a Madrid para poder encontrar una nueva cabecera donde proseguir su carrera, ingresando en *El Imparcial* donde ya había permanecido en una etapa anterior. Allí publicaría algunos artículos más de asunto francés y que, junto a los anteriores, incluiría en una selección dentro de su libro *El tributo a París* con la dedicatoria «a D. José Ortega Munilla, sin cuya protección cordial estas páginas no hubieran sido escritas²⁸». A comienzos del mes de julio regresaba de nuevo a la ciudad del Sena para ejercer como redactor del periódico durante el verano y colaborar con unas «Notas de París» para la revista *Nuevo Mundo*. Avanzado agosto se iba a dedicar de nuevo, como el año anterior, a viajar, en esta ocasión por Bélgica, encargado por *El Imparcial* de efectuar una serie de crónicas sobre un país al que la Exposición Universal, inaugurada en Lieja en el mes de mayo, había puesto de actualidad al conmemorarse además, aquel año de 1905, el 75 aniversario de su independencia de Francia. Será la suya una serie de 6 artículos incluidos asimismo con posterioridad, junto a otros dos que se quedaron inéditos entonces, dentro de *El tributo a París*. En su relato sobre tierras belgas, Bello pudo constatar cómo la «leyenda negra», sanguinaria e intransigente, del antiguo Imperio español pervivía aún en Flandes, donde los niños «miran con recelo al extranjero si le oyen decir: –Soy español», y las madres «no hablan del coco a los niños malos, sino que les dicen: “¡Que viene el duque de Alba!”²⁹».

Ya en el otoño, en «Los hispanistas franceses. Una visita a M. Morel-Fatio», Luis Bello describirá el encuentro que tuvo con el

28. Luis Bello, *op. cit.*, p.159.

29. *Ibid.*, p.139.

prestigioso erudito, en su casa de París, antes de regresar a España («Una carta de Galdós me valió la más cortés y cariñosa acogida por parte de M. Morel-Fatio»). En realidad, el artículo es un homenaje al hispanismo francés en su conjunto, en especial a los impulsores del famoso *Bulletin Hispanique*. Sobre Morel-Fatio, Bello enumera sus estudios más relevantes, en los cuales «la investigación literaria es más bien restauración histórica», y alaba su método de trabajo:

Es minucioso, desconfiado, enemigo de dejarse convencer por una referencia [...] En esa falta de credulidad se funda su sistema de juzgar las cosas grandes por los detalles chicos y de ver en la literatura la vida de una época, considerando cada obra como un documento [...]

Para Morel-Fatio lo interesante es representar exactamente la antigua sociedad española, penetrar en su vida cotidiana y apreciar los móviles que hacían obrar a aquellos hombres, de los cuales casi siempre nos separa un abismo. Para ello estudia, por ejemplo, las *Memorias* de tres soldados del siglo XVII [...] El capitán Alonso de Contreras, el soldado Miguel de Castro, y el famoso D. Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón, en sus respectivas memorias, interesan profundamente al hispanista francés. Son tipos de una energía tan ingenua para obrar como para escribir, que lo mismo refieren una devoción que un crimen. Son resueltos, crueles y católicos³⁰.

Y representativos del principio de la decadencia española, añade Bello. Con todo este mosaico socio-literario, representativo de la época y el ambiente vividos, a comienzos del siglo XX, por un corresponsal español en Francia, compondría Luis Bello su primer libro, *El tributo a París*, en 1907, recopilando una amplia selección de todos estos artículos suyos de tema francés, previamente publicados en prensa. Editado en tamaño de octava de forma pulcra y elegante, «donde todo, desde el tono ahuesado de la cubierta hasta la latina rectitud de las letras, dice belleza y esteticismo», en palabras de José Francés³¹, el libro inauguraba la colección Biblioteca Nueva de Escritores Españoles de una editorial recién establecida y que había sido fundada por el cada vez más conocido articulista y entonces

30. Luis Bello, «Los hispanistas franceses. Una visita a M. Morel-Fatio», *El Imparcial*, 25-10-1905, suplemento al número 13.859.

31. José Francés, «*El tributo a París*, por Luis Bello», *La Lectura*, julio 1907.

—todavía— novelista en ciernes Alberto Insúa. Fue su suegro, Manuel Pérez Villavicencio —a cuyo nombre se constituiría la editorial—, un «indiano» de considerable fortuna aunque sin demasiados conocimientos literarios quien, fiado de su nuevo yerno, le proporcionaría —sin duda para asegurar su situación y la de su hija— el dinero necesario con el que establecer aquel «árbol de hojas de papel» del cual brotarían, entre otros títulos destacados, *El canto errante*, de Rubén Darío; *La sirena negra*, de Emilia Pardo Bazán; *Aromas de leyenda*, de Valle-Inclán; *La sangre de Cristo*, de José López Pinillos; *Los vencedores*, de Ciges Aparicio o la propia obra de debut de Insúa, *Don Quijote en los Alpes*. A la hora de agrupar los textos, con el objeto de conseguir una mayor unidad temática —atemporal— entre los mismos, Bello suprimiría todas aquellas referencias personales, informativas, que sobre la actualidad inmediata originariamente contenían y que evidenciaban su condición inicial de crónicas o impresiones escritas para la hoja diaria, logrando así sobrevivir, mediante las consideraciones de carácter general contenidas, a las circunstancias puntuales que motivaron aquellas páginas. En algunos casos, las modificaciones se deberán a correcciones meramente estilísticas, que surgen como resultado lógico de la revisión de un texto que se escribió tiempo atrás, pero sin afectar al sentido global del mismo. Otras veces, la alteración es mucho más profunda, como cuando Bello refunde dos o más artículos publicados en prensa extrayendo una parte de los mismos, y convirtiéndolos en un único texto para el libro³².

El tributo a París tuvo en general una favorable acogida por parte de crítica y público lector, y fueron varias las reseñas que aparecieron en aquellos meses ocupándose del libro, todas halagüeñas en mayor o menor grado. En *El Imparcial*, Eduardo Gómez de Baquero distinguía primeramente, entre sus contenidos generales, la presencia de una parte descriptiva y colorista, por la que desfilan los paisajes urbanos de París, la Cámara francesa, las fiestas populares, el Bulevar, Montmartre —su ocaso— y el Barrio Latino, los estudiantes, artistas diversos y —cómo no— las parisinas; pero además, en esta obra hay «cuadros que no hablan solo al sentido estético; que nos traen el eco de los problemas sociales que agitan y turban a las sociedades

32. Véase al respecto: José Miguel González Soriano, *Luis Bello: vida y época. Su producción periodística y literaria* [Tesis], tomo I, pp. 319-321. En línea: <<https://eprints.ucm.es/39810/>>

modernas, ricas, sabias, hedonistas, pero no felices». «Del invierno parisién» se titula la serie de cuadros trágicos incluidos en el libro, como el que describe la estampa de los pobres refugiados en el museo Louvre («Los huéspedes del Louvre») no por amor al arte, sino como protección del frío exterior; o el capítulo dialogado, escrito con ácida ironía, «El inquilino y el portero», en el cual el primero de ellos se arroja por el balcón al llegar el implacable *terme*. Señala, en fin, Gómez de Baquero que su *tributo a París* no es la misma contribución adulatoria que han dado la mayor parte de los escritores a la gran ciudad superficial y encantadora: lo pintoresco resulta eclipsado por las voces de dolor y de pelea que de esas pinturas sociales se desprenden³³. Son tragedias, según palabras de Bernardo G. de Candamo en *España Nueva*, «de una placidez poética, de una resignada y estoica placidez. Allí se advierte que el autor es espectador y actor de los sufrimientos descritos. No los mira con esa indiferencia del hombre satisfecho [...]. Luis Bello vio y padeció las vulgares desdichas que describe... o las supo compartir con piedad franciscana³⁴».

Igualmente unos años después, dentro de la semblanza sobre Bello inserta en su obra *La sagrada cripta de Pombo* (1924), Ramón Gómez de la Serna sentenciaba que, para él, *El tributo a París*

define ese París que tantos han glosado. Es el “París” que ve el verdadero y humano pasajero, no el cronista fácil y deleznable. Ese París que a todos se les complica o se les escapa, ese París que contagia con disimulados tópicos, es en Bello la visión sobria del verdadero París, el que se ve el día más clarividente y menos pensado al asomarnos a la ventana del hotel en la calle silenciosa en la que todo se resume, si se ha visto bien todo el resto de la ciudad³⁵.

Pero finalicemos recogiendo las palabras del propio Luis Bello incluidas en el prólogo donde confesaría la evolución que había experimentado, tanto a nivel personal como de escritor, a raíz de su

33. E. Gómez de Baquero («Andrenio»), «Revista literaria. Viajeros de antaño y de hogaño. La antigua literatura de viajes. – Cómo ha nacido un género nuevo. – *El tributo a París*, de Luis Bello», *El Imparcial*, 12-08-1907.

34. Bernardo G. de Candamo, «*El tributo a París*», *España Nueva*, 12-06-1907.

35. Ramón Gómez de la Serna, *La sagrada cripta de Pombo*. Madrid: Visor, 1999, pp. 396-397.

estancia en la ciudad del Sena y que daba pleno sentido al tributo, su «tributo» particular rendido como español residente en Francia:

Hay un momento en la vida en que se define para siempre el carácter y salen a flote nuestros más íntimos sentimientos, los que han de dar determinado color a nuestro destino. A veces no hace falta ningún suceso, próspero ni adverso, que provoque esa explosión de la personalidad. Otras veces el hombre nace de un hondo dolor, de una tragedia íntima que obra la virtud de las trompetas de Jericó y suscita el desplome de todos los artificios. Perdóneseme si demuestro hacia mis impresiones de fuera de España un cariño injustificado y si me atrevo a creer que hay una diferencia estimable y capital entre las primeras, escritas por el solo entusiasmo de lo pintoresco, y las últimas páginas, inspiradas en algo más humano: en una recta y ardorosa intención de amplia moralidad. Ese cambio que me complazco en guardar como una conquista no se lo debo solo a la experiencia de unos cuantos años. Se lo debo también a París³⁶.

36. Luis Bello, *op. cit.*, pp. 11-12.

ISBN : 978-2-36783-179-4
ISSN : 2265-0776



Ce livre est imprimé sur un papier écolabellisé FSC
issu de forêts gérées durablement.

HOJAS PIRENAICAS

BÉNÉDICTE DE BURON-BRUN
DOLORES THION SORIANO-MOLLÁ (EDS)

Rescatar del olvido documentos, privados o públicos, es un acto comprometido con la historia y con la memoria de un patrimonio que, a todas luces, no ha sido hasta ahora suficientemente sondeado. Esta es la tarea emprendida desde la Universidad de Pau y, con la coordinación de Bénédicte de Buron Brun y Dolores Thion Soriano-Mollá, por del grupo de investigadores que a esta monografía han aportado sus contribuciones.

La diversidad de las fuentes y el amplio elenco de casos estudiados en esta monografía, bajo perspectivas sincrónicas y diacrónicas, favorecen el planteamiento de enfoques novedosos que vienen a completar, confirmar o infirmar, y en todos casos a matizar los conocimientos sobre sensibilidades, mentalidades y comportamientos sociales de los cuales no puede prescindir un ciudadano contemporáneo. Desde la orografía pirenaica, Cantabria, Lérida, Gironde, el País Vasco, por citar algunos, desde los márgenes de lo popular, del olvido o del anonimato –como ocurre con los célebres viajeros decimonónicos, con Demetrio Duque o con Paul Lafond– o desde el centro del escenario –Menéndez Pelayo, Oyárzabal, Azorín, Aub, Semprún, Cela, Umbral y numerosos estudiosos y viajeros...–, la mayoría de los sagaces observadores aquí presentados, nos ofrecen una visión dinámica de la sociedad en sus presentes y del papel de la prensa en la construcción de la realidad histórica y cultural, de la mirada del otro también, en especial, cuando los Pirineos actúan o se disuelven como natural frontera.



www.editionsorbistertius.com

ISBN : 978-2-36783-179-4

ISSN : 2265-0776

Prix France : 34,90 €